

que, sin romper con la tradición teocrática y teleológica medieval, se tornará de un tinte más racional, autónomo, secular y humanista, otorgando al devenir humano un protagonismo desconocido hasta entonces. Una de las características más definitorias de ese proceso fue precisamente su carácter pedagógico. Las gentes cultas del siglo XII anhelaron conocer la verdad en su sentido más profundo y extenso; pero tanto o igual les preocupó cómo acceder a ella. Un prurito que dio lugar a la aparición de obras pedagógicas, y más concretamente didácticas, que aspiraban a guiar y conducir esa búsqueda. Aquí presentamos una de las más significativas, no sólo porque sustentó buena parte del pensamiento pedagógico del siglo XII, sino porque influyó considerablemente en el devenir de la pedagogía posterior. Nos referimos en concreto: al *Didascalicon de studio legendi* (c. 1131), de Hugo de San Víctor. Obra prácticamente inédita en lengua castellana y que el GEMYR (Grupo de Estudios Medievales y Renacentistas), con sede en el Departamento de Historia de la Educación de la UNED, ha traducido y estudiado en el último lustro, poniéndola a disposición de los lectores en lengua castellana.

El *Didascalicon de studio legendi* (*Afán por el estudio*), del monje sajón Hugo de San Víctor, define el pensamiento pedagógico de la Baja Edad Media. Un auténtico *best seller* de la pedagogía medieval, escrito alrededor de 1131 para ayudar a los estudiantes de París a alcanzar la sabiduría. «De entre todas aquellas cosas a las que debemos aspirar —decía Hugo—, la primera es la sabiduría, en la que reside la regla del bien perfecto».

Un fin típico de la pedagogía escolástica que nuestro Victorino plasmó en una especie de *enkýklios paidéia* o enciclopedia pedagógica, dividida en seis libros y tres apéndices. Los tres primeros constituyen una unidad pedagógica, orientada especialmente a instruir al lector de las artes. En ellos se plantean el origen de las ciencias, la división de los saberes, su descripción breve y el método para su aprendizaje. Los tres libros restantes tienen un sentido más teológico y clerical, están orientados a instruir al lector de los libros sagrados y tienen la

HUGO DE SAN VÍCTOR: *Didascalicon de Studio Legendi (afán por el estudio)*, introducción, estudio preliminar, traducción y notas de C. Muñoz Gamero y M.<sup>a</sup> L. Arribas, Madrid, BAC-UNED, 2011, 812 pp.

El renacimiento cultural que se produce en el siglo XIII constituye una de las épocas más sugerentes y creativas del acontecer humano occidental. Un periodo

virtualidad de ser una explicación histórica muy detallada y sugerente de las Sagradas Escrituras. Los apéndices son una redundancia y explicación más definida de cómo leer y en qué orden estudiar.

Desde un punto de vista pedagógico, la significación del *Didascalicon* descansa sobremañera en tres aspectos. En primer lugar contribuyó al asentamiento de la educación como un saber práctico del que podía derivarse una teoría pedagógica. En concreto, a Hugo cupo el honor de definir la educación como un proceso de restauración de la imagen divina en el hombre, actualizada por la fuerza de la educación moral, de la educación intelectual y de la gracia divina. Tríada recurrente que Hugo sistematizó de forma sucinta y breve pero suficiente para marcar la orientación de los contenidos pedagógicos de la Baja Edad Media.

En segundo lugar, el *Didascalicon* supuso una nueva clasificación de los saberes. Si hasta el siglo XII la Filosofía se había sustanciado en una clasificación tripartita del saber: teórica, ética y lógica, a partir de su publicación se añadirá una cuarta parte: la mecánica. En la nueva clasificación, nuestro Victorino se recreó especialmente en la virtualidad de los saberes teóricos, que tenían por objeto la aprensión de la verdad, comprendiendo la Teología, la Matemática y la Física. Igualmente se recreó en la Ética o ciencia del saber práctico, orientada a ilustrar el dominio de la virtud en los planos individual, personal y civil. También se refirió a la lógica como ciencia de la comunicación y del razonamiento. Aunque su novedad fue la consideración científica de las siete artes mecánicas: vestido, armas, navegación, agricultura, caza, medicina y teatro. Ciencias que a partir de entonces ya no serían una pura producción poética, sino una praxis profesional orientada a la mejora y progreso del hombre. Matiz que redundaría en una mayor diversidad curricular en los centros del saber marcando el devenir de las disciplinas posteriores.

Finalmente el *Didascalicon* contribuyó como ninguna otra obra a asentar la didáctica de cómo infundir en el alumno el pensamiento crítico. Objetivo que hizo

descansar en la virtualidad de la *lectio*. Un modo de enseñar basado en cuatro fases o etapas: introducción, *littera*, *sensus* y *sententia*. La introducción servía para presentar las ideas de un autor, contextualizarlo y explicar su intención. A continuación venían las tres etapas de la *expositio* o explicación propiamente dicha: la *littera*, que era la lectura y explicación de las frases o palabras contenidas en los textos; el *sensus* consistía en el análisis o interpretación que se desprende de la simple interpretación de la *littera*; por último venía la *sententia*, que representaba la interpretación más profunda del pensamiento del autor y del contenido doctrinal del texto. Cuando una parte no quedaba clara, parecía insuficiente o generaba dudas entraba en escena la *collatio*. Se trataba de una evolución o complemento de la *lectio* consistente en conversaciones entre maestros y estudiantes para dilucidar lo que de oscuro pudieran tener ciertos razonamientos y verdades. En ocasiones el *sensus* y la *sententia* solían reforzarse con *glosas*, que eran comentarios sintetizados de otros autores que servían para reforzar e ilustrar las partes de la *lectio*. Todas estas explicaciones las reforzó Hugo con apelaciones continuas al uso de la memoria y a la consideración de los discípulos según sus dotes naturales y capacidades.

El *Didascalicon de studio legendi* fue una obra muy difundida en toda la Baja Edad Media. De los siglos medievales conservamos más de 125 manuscritos conservados en las bibliotecas de media Europa: Vaticano, Viena, Oxford, Padua, Munich, Lisboa, Barcelona, etc. En cuanto a las ediciones, cabe decir que son igualmente numerosas. Por su significado inicial cabe reseñar en primer lugar una edición previa de opúsculos de 1472-1474. Un punto de partida que se verá posteriormente continuado por las ediciones de 1483 de Petrus Kollicher en Balé; la de 1486 en Estrasburgo, debida a Johan Grüniger; la de 1487 de Ausburgo de Antón Sorg, y la del *De Ingenio* de Mabillon, hecha por *Vetere Analecta* en París en 1723. En el siglo XIX encontramos la importante y fundamental edición parisina de J.-F. Migne: *Eruditionis*

*didascalicae libri septem* (PL. 176, 739-812), editada en París entre 1854-1879. A finales de este siglo debe destacarse también la edición alemana de J. Freudung: *Hugo von Sankt Víctor: Das Lehrbuch. Sammlung der bedeutendsten pädagogischen Schriften aus alter und neuer Zeit*, Paderborn, Ferdinand Schöningh, 1896. La primera mitad del XX debe a Ch. H. Buttimer el honor de publicar en 1939 la primera edición crítica del *Didascalicon* en latín. Esta edición, que por su rigurosidad ha sido tomada como base de estudios ulteriores, significa la revisión de numerosos manuscritos y la verificación de un texto que se ha fijado a partir del estudio de los escritos. A todo ello hay que añadir la primera edición crítica bilingüe latín/castellano hecha en el 2011 por Carmen Muñoz Gamero y María Luisa Arribas Hernáez.

BEATRIZ COMELLA GUTIÉRREZ